

ta los Teólogos que envió el Pontífice, la mayoría estaba compuesta por jesuitas y dominicos españoles, como Francisco Torres y Alfonso Salmerón, Fray Jerónimo Bravo y Fray Pedro de Soto, y de tal manera llevaron el peso de las discusiones, que la augusta Asamblea llegó a suspender las sesiones por la indisposición de Láinez, el ilustre sucesor de San Ignacio. Y frailes españoles defendieron la libertad humana contra el fatalismo protestante de la predestinación, necesaria no sólo en el orden teológico y psicológico, sino en el de la libertad política; y el doctor Eximius Pius, el ilustre jesuita Suárez, resuelve el problema ontológico y el del conocimiento, desarrollando la obra de los titanes del siglo XIII, que labra con su genio, en las «Diputaciones», el sarcófago en donde sepultar a todas las filosofías heterodoxas que se levantan en la sucesión de los tiempos; místicos como Santa Teresa de Jesús fundan lo que pudiéramos llamar la psicología sobrenatural, y un Santo religioso, que quiso cumplir el mandato de Cristo acercando a El los pequeñuelos, San José de Calasanz, establece las bases de la pedagogía moderna antes que aparezca Enrique Pestalozzi; y el Padre Mariana realiza con serenidad clásica la Historia general; y en tiempos de relativa decadencia, en que empieza a triunfar el predominio de lo extranjero sobre lo castizo y lo tradicional, todavía un jesuita insigne, Hervás Panduro, funda «El Catálogo de las lenguas», la filosofía comparada, la etnología modernas, orgullo del siglo XIX; y el jesuita Lampillas, con el eruditísimo Padre Sarmiento, fundan las primeras Historias de la Literatura Nacional, y otro jesuita, Juan de Andrés, la primera Historia de la Literatura Universal. Y ellas, las órdenes religiosas en general, y en particular las españolas, hicieron posibles los monumentos de nuestra Literatura Nacional y aun Regional. Así Lulio hizo nacer la prosa catalana en el poema «El Desconsuelo» y la castellana nace en el poema del Cid, que, probablemente, había salido de algún claustro, como salieron los siguientes poemas religiosos y heroicos de los Monasterios de Astorga y San Millán, y así podíamos ir enumerando hasta llegar a Cervantes, que sin la abnegación de dos heroicos trinitarios, Fray Juan Gil y Fray Antonio de la Villa, hubiera muerto en la mazmorra de Argel sin poder escribir el Quijote y legar a su Patria —con el contraste perenne de lo ideal y lo real— la epopeya a un tiempo mismo humana y nacional.

Estamos en el medievo. En el siglo de los grandes Santos. En el Santo se advierte siempre una perfecta armonía entre sus pensamientos y sus obras, completa y absoluta fusión de la inteligencia y la voluntad. El Santo profesa una teoría y la practica llevándola a sus consecuencias; por eso es, a la par que Santo, un gran hombre, que ejerce un poderoso di-

namismo social. Doble es su personalidad: pertenece al cielo y a la tierra; el pueblo le adora, la Iglesia le canoniza; como el guerrero agita las multitudes, como el filósofo ensancha el horizonte de las ideas. Estamos en este siglo en el que no hay progreso, idea fecunda, principio de justicia o de amor, que no le haya sido comunicado por los obreros de la unidad eterna. Extirparon la corrupción romana, iluminaron la noche de la barbarie, resucitaron las artes, las ciencias y el derecho. En las sombras del medievo, cuando inspiraba la fuerza, el único rayo de luz en sus tinieblas, nació el Santo. Ninguna época produjo Santos que ocupen tan alto lugar en la Historia como este siglo XIII, de tal suerte que apenas hay en él esfera de la actividad humana que no dependa de la personalidad y acción de un Santo insigne. San Luis y San Fernando, las Santas Isabeles de Hungría y de Portugal, para la Monarquía; Santo Tomás y San Buenaventura, para la ciencia; Santo Domingo de Guzmán, para la sociedad, y luchador infatigable con la inteligencia, la palabra y la acción de eterna y única verdad de la Iglesia.

Siglo de grandes Santos y siglo de grandes males. El Santo surge entre la lucha del bien y el mal, que avanza, preñado de tormentos, sobre el XIII. La herejía cundió rápidamente y el maniqueísmo inficionó, en brevísimo tiempo, el centro de la Cristiandad: el Norte de Italia y el Mediodía de Francia. Frente a la Iglesia católica se alzó otra iglesia, otra jerarquía; su Jerusalén era Albi, en Roma Tolosa; su papa, un bizantino llamado Nicetas, que presidió numerosos conciliábulos de obispos maniqueos. Por su parte, los valdeses atraían sobre el sacerdocio católico la ira popular. Crece la perturbación de las almas, suspensas, a borde del abismo, entre la fe y la herejía; abundan las huestes sabios laicistas y antijerárquicos de Pastorzuolos, que afirman no ser enviados de ningún Rey ni Papa, sino de Cristo y su Madre; pululan patricelos y begardos y se desencadena sobre Europa el soplo huracanado del libre espíritu.

En medio de este cuadro gigantesco aparece un hombre español, que nace en 1170 en Carluenga y que con sus hechos y pensamientos influirá en los destinos universales: el castellano Domingo de Guzmán, hijo de una mujer noble y santa, consagrado a los estudios universitarios de letras, de filosofía, de teología en la Universidad de Palencia, tan grave y precoz en su madurez que a los cuatro lustros parecía un anciano; tan liberal que, al asolar la miseria su provincia, vendió ropa, cama y hasta los amados libros en que su inteligencia buscaba la luz de la verdad, para repartir el producto de la venta entre los menesterosos, tan dispuesto a heroicos esfuerzos e impulsos que se ofrecía a venderse como esclavo en rescate del hermano de una pobre mujer a quien vio llorar la desdicha del cautivo. Pues bien, este hombre, en compañía de Diego Acebedo, pasó a Francia y Roma, y vieron con espanto inficionadas hasta la medula del virus albigenense, secta sutil y penetrante, organizada entre el misterio, y que, amén del cuerpo

de doctrinas nestorianas que concretamente profesaba poseía otro de principios sociales totalmente adversos a la constitución de la Iglesia, del poder y de la familia. En Tolosa, los dos viajeros se percatan, entristecidos, del gran desarrollo de la herejía, que se apoderaba incluso de su huésped; allí, en medio de tanta desolación espiritual, considera que mientras en su patria derramaba su sangre mejor para tener a raya al infiel, allí tan cerca de España, en la Provenza, el hereje era vencedor. Y vencía, en efecto: los legados apostólicos enviados por la Santa Sede a predicar en el territorio occitano se declaraban ya impotentes para cortar las múltiples cabezas de la hidra. Y era lo más doloroso, que ni encontraban ayuda en los magnates, ni en los obispos, que hacían de sus metrópolis pleyas fuertes; ni en los párrocos y clérigos, que, vestidos de gayos colores, rodeados de pajes y siervos, se daban a solaces profanos. Pasó Domingo, de claro en claro, la noche de su estancia en Tolosa, exhortando al huésped, y, al rayar la aurora, el albigense se retractaba de su error, declarándose católico. En el regocijo del triunfo, el castellano vió patente el objeto de su vida: atajar la herejía por medio de la predicación, suscitar bríos a milicias de defensores del dogma. Así surgió la Orden de Predicadores. Es la hora de que entren en funciones los hombres de Cristo. Es la hora de la unidad sobrenatural. Es la hora de volver los ojos a Dios, de movilizar las armas del espíritu, de ceñirse de claridad y fortaleza y de apretarse en la unidad. Contra la invasión de las sombras de la herejía, las armas de la luz; la claridad contra la confusión; la verdad contra la mentira; frente a la licencia de costumbres, la austeridad de hábitos. Ya no es posible la dilación. El peligro acecha y es la hora de que los hombres de una sola fe y solo bautismo empiecen a restaurar la presencia de la verdad eterna. Santo Domingo así lo entiende, e incansable, lleno de voluntad y de fe, de fortaleza espiritual, comienza el camino. A un español le cupo la gloria de lograrlo y a sus hermanos de sangre y de comunidad el continuar la siembra para que la cosecha no se interrumpa; la siembra de la fe, que todo lo vence; la siembra de la voluntad, que todo lo mueve; la siembra de la razón serena y del entendimiento, que todo lo penetra; la siembra de la oración, que todo lo purifica. Y así, Santo Domingo, después de dura y penosa tarea personal, que no elimina el ridículo, ni el peligro, escupido y enlodado, expuesto siempre a ser acuchillado, después de lograr con su predicación constantes conversiones, después de vencer al hereje con las cuentas de su rosario mejor que Limonde Monforte —su amigo el conde— con su bien templada tizona, encuentra el consuelo de unos amigos, la ayuda de unos hermanos, que van a repartir el pan de su modesto condumio y a extender, por la predicación, la luz de la verdad. Son Manes y Fernando el Santo, Miguel de Fabra, Jenaro Gómez, Juan de Navarra, Miguel Ucero y Pedro de Madrid, que con Domingo el Chico y el Santo fundador, todos ellos españoles, formaron la mitad del grupo ini-

cial de la Orden de Predicadores, siendo de sus características en lo interno, su régimen de elección, de representación con asambleas legislativas y hasta ejecutivas, y en lo misional, según el Papa Honorio III, en ser los «Atletas de la fe y las verdaderas lumbreras del mundo» (pugiles fidei et vera mundi lumina).

Críticos e historiadores mal intencionados han señalado que en el origen de la orden dominicana todo es francés. Verdad es que, fundándose en Francia y luchando contra los albigenses, es natural que formara con elementos franceses. No obstante, está muy lejos de la verdad el que todo ello haya sido francés. En primer lugar, G. D., español, era alma y vida de la fundación; las primeras misiones de Santo Domingo, seguidas de otros varios, tuvieron lugar en Palencia y sus alrededores, lo que fué un ensayo de la Orden de Predicadores; entre los dieciséis hermanos que había cuando llegó el momento de aceptar la regla se encontraban ocho españoles y en las fundaciones de los demás países siempre había españoles. Fué, pues, una dispersión española, de sentido ecuménico, católico por todo el orbe conocido. Esta es, por tanto, otra de sus características.

En los últimos años del Santo es cuando más se nota su veta española, pues, con su tenacidad invencible, no encuentra su cuerpo descanso, ni tregua en el batallar. Oraba, predicaba y ayunaba; su vida era dinamismo en pro de Cristo, dinamismo que heredaría la Orden, con el amor hacia el prójimo para dar a conocer por medio de la predicación de la verdad la infinita bondad del Todopoderoso, anatematizando a sus detractores y a los enemigos de la única verdadera Iglesia. Españolismo que hacía poner en todas sus acciones la idea junto a la acción; la espiritualidad frente a lo material; el amor en contra del odio, y Dios por encima de todo. Inteligencia y acción, amor y sabiduría, universalidad y españolismo. Todo al servicio de Dios. Y en ella brillan doctores como Santo Tomás, que tanto habría de aportar al mundo con su doctrina, en la que triunfa la razón certera en dominio de lo filosófico y a la fusión del catolicismo con la sabiduría aristotélica, estructurando y dando normas permanentes a nuestra civilización, y lumbreras como Francisco de Vitoria, creador del Derecho internacional.

Resumiendo, diremos con Inocencio IV que la Orden de los Dominicos es «como el candelabro de Dios en la superficie de la tierra; es una población fortificada que guarda la verdad y acoge por sus puertas abiertas al pueblo fiel. Es un sol que brilla en el templo de Dios; el ciprés de las alturas, que orienta las inteligencias que le miran; el campo del Señor humedecido por el rocío del cielo».

Mas el medievo exigía de España algo más. No se contentaba con que fuéramos, por medio de esta Orden tan reciamente española, el faro que alumbrase la inteligencia de Europa, el verbo que convencía y la acción acompañada por la fortuna de las conversiones; exigía el que fuéramos el dique de contención de la morisma y del mundo infiel. Y si ellos emplea-

van el alfanje y el fanatismo, nosotros utilizaríamos la espada y la oración. Así, las órdenes militares son lógica consecuencia de una necesidad: avance de los moros en tierras de Castilla; defensa del camino de Santiago contra los salteadores; defensa de los Santos Lugares; Cruzada contra el infiel, y de una fe que nos impulsaba a morir defendiendo a Cristo, batallando por Dios y por la Patria. Por tanto, estas órdenes tienen una doble dirección: hacia el extranjero y hacia el interior patrio, con un mismo propósito: conquistar la gloria defendiendo lo religioso. España puso al servicio de la causa religiosa su pensamiento, su ardoroso espíritu de sacrificio, y tenía que poner también su valiente espíritu de lucha, que no rehuye el peligro de las armas y que sabe emplear la fuerza cuando el contrario utiliza semejante método. Es decir, que las órdenes militares religiosas tienen la misión de defender la religión con las armas al mismo tiempo que hacen Patria.

La Orden de los Templarios tuvo un motivo a la vez de caridad y caballeresco. Nueve caballeros que permanecieron con Godofredo Bonillón en Jerusalén después de la partida de los Cruzados, con el fin de proteger a los peregrinos que acudían de todas las partes del Mundo a visitar el Santo Sepulcro y que corrían el riesgo de dar en manos de los dioses sarracenos. Naturalmente, entre estos caballeros templarios no podían faltar españoles y, como en aquel entonces en España se sostenía igualmente guerra contra los infieles, tornaron a España, y ejecutaron tales proezas que, admirados todos los moriscos que en aquel tiempo gobernaban los reinos en que estaba dividida España, no pudieron por menos que concederles varios lugares por ellos conquistados, y Alonso el Batallador, Rey de Aragón, estando cerca de Bayona en el año 1119, ordenó su testamento, dejando la sucesión de sus reinos a los caballeros del templo, lo que no pudo prosperar por ir en contra de los fueros de Sobrarde. Sin embargo, alcanzaron tantos éxitos que Alonso II el Casto les premia sus servicios con la tercera parte de Tortosa; en la batalla de Las Navas de Tolosa contribuyen eficazmente al feliz resultado de la misma, mandados por el Maestre Gómez Ramírez; coadyuvan a la toma de Sevilla, por lo que Fernando III el Santo les dona la villa de Fregenal, y Don Sancho el Bravo, de Navarra, agradecido a los auxilios prestados en las continuas lides, les dió una considerable extensión de terreno entre Fontellas y Riba Fonada y otros muchos. Mas como era de temer de la envidia humana, enemiga de dicha prosperidad, que alcanzaba en el mundo una renta a favor de la orden de 50.000.000 de francos, no se tuvo en cuenta los centenares de templarios que murieron heroicamente en los campos de batalla y en las prisiones, y sus detractores, que aumentaban según crecía la Orden, consiguieron, ayudados por algunos desafueros cometidos y por la inactividad en que había caído la Orden con el tiempo, el que fuera sujeta a proceso hasta su supresión, proceso del que no se libraron en España, comenzando con la detención de los caballeros templarios, ordenada por Jai-

me II, y la conquista de las playas que les pertenecían, continuando por el embargo de bienes, que fueron doblemente codiciados por los Reyes y por el Papa, hasta que Clemente V resolvió en 1317 que el antiguo patrimonio de los templarios fuese repartido entre la nueva Milicia de Montesa y la del Hospital de San Juan, si bien hay que resaltar que en Castilla los caballeros templarios fueron declarados inocentes, pero resistiéndose al Papa y el Concilio convocado respecto a la libertad de estos monjes caballeros devolviéndoles sus bienes. Proceso castellano que demuestra la rectitud de la Iglesia española y la inocencia de los caballeros perseguidos. Entre las órdenes militares religiosas propiamente españolas la más antigua es la de Calatravas, que fué fundada en 1158 por Raimundo Fitero. Fué enriquecida por numerosas donaciones de los monarcas y Papas, por valiosos privilegios y pertenecía a la regla del Císter; poderío que se terminaba con la incorporación del Maestrazgo a la Corona de Castilla, que llevaron a cabo los Reyes Católicos, y que cesó en la época en la que el Estado incautó los bienes y abolió los fueros y exenciones de esta Orden.

Los caballeros calatravos se comprometían a guerrear sin descanso contra los moros y a defender, desde el año 1652, la Inmaculada Concepción de María.

Nació la Orden de Calatravas cuando los moros africanos se adueñaron de parte de la península y establecieron los cristianos una fortaleza en el pueblo de Calatravas, punto de partida de las sangrientas expediciones con que el moro y el cristiano se hostilizaban frecuentemente y que probaron que la defensa de Toledo dependía de la posesión clave de ese pueblo, cuya defensa fué entregada a los caballeros templarios, que renunciaron ante los grandes preparativos que hacía el enemigo para recuperarla en 1158, decidiendo devolverla a la Corona. Así fué, haciendo entrega de la plaza al Rey Don Sancho, que, comprendiendo que no podía hacer por su cuenta lo que se negó a Orden tan poderosa, mandó pregonar que si alguien se atrevía a tomar en defensa la Villa, se la daría en propiedad. Hallábase a la sazón en Toledo Fray Raimundo Sierra, Abad del Monasterio de Santa María de Fitero, antiguo soldado y hombre de ilustre linaje, y al ver que nadie aceptaba el ofrecimiento, lleno de celo por la Religión, tomó sobre sí tan arriesgada empresa. Así comenzó esta Orden, que alcanzó grandes triunfos sobre los infieles y que tanta influencia tuvo en la política española; influencia benefactora en cuanto se ajustaba a las normas estatutarias, perjudicial en cuanto se apartaba de ellas, interviniendo en turbulencias y partidismos por imposición de los Maestres, que alguno como don Pedro Girón, hombre ambicioso, aspiró a la Corona de Castilla.

Los mandos eran los siguientes: Maestre, Comendador, Mayor, Clavero, Prior, Sacristán Mayor y Obrero Mayor, aparte de otros de menor importancia.

Las restantes órdenes religiosas españolas son: la de Alcántara, la de Santiago y la de Montesa, que

conservan en la actualidad, como la anterior Orden, un carácter honorífico y de recuerdo hacia glorias preteritas.

La de Alcántara fué fundada como Cofradía de Armas en 1156 por varios caballeros de Salamanca que lucharon contra los moros en la fortaleza de San Julián; aprobada por Alejandro III adoptó la regla del Císter, domiciliándose en la villa de Alcántara, que alcanzó gran prosperidad. Los hechos más destacados de Armas de la Orden son: la batalla de Argañán, contra la irrupción de los portugueses en tierras de la Orden; la victoria de Ciudad Rodrigo, contra los Almorávides, y la reconquista de Trujillo y Medellín, al frente del Maestre don Arias, y, aunque con la incorporación del Maestrazgo a la Corona y la toma de Granada terminó la principal labor de los caballeros de Alcántara, toman parte en cuantas luchas habidas contra turcos y berberiscos.

España, que penosamente iba ganando su suelo a la morisma, sufre en la Edad Media una nueva invasión. Invasión no armada, sino pacífica; no por las costas del Sur, sino por tierras del Norte; no bajo el signo de la Media Luna, sino con el signo de la Cruz. Es la invasión de los peregrinos, que, procedentes de lejanos lugares, vienen a postrarse ante el sepulcro de Santiago, cerca ya del límite máximo de la tierra, de ese Finisterre, donde comienza el «Mare-tembrosus», virgen aún a las proas fecundas de las cravelas, y doce caballeros del Reino de León se reúnen en congregación, gobernando Fernando III, arrepentidos de su vida licenciosa, para proteger la ruta jacobea, ruta que se ha de convertir, merced a los monjes negros, que establecen su convento a modo de hospitales y albergues, en una ruta turística plenamente organizada.

La Orden de Santiago, que recibe este nombre, alcanza su esplendor con el Maestre Pelayo Pérez Correa, que hizo decidir a Fernando el Santo a poner sitio a Sevilla, y su decaimiento, a semejanza de las otras órdenes, con la incorporación del Maestrazgo a la Corona.

La de Montesa, fundada como Orden de Caballería en 1317, en Valencia, como institución de Jaime III, tenía una misión: combatir a los musulmanes que invadían las costas de Levante. Extinguida la Orden de los Templarios, pasan a ella todos sus fondos.

En definitiva, estas órdenes religiosas vinieron a cumplir una misión de paz —paz en los espíritus, batallando por la unidad religiosa; paz en la tierra, expulsando al invasor—, y tuvieron un carácter épico, por su gesta religioso-militar. Estos caballeros monjes demostraron su valor en miles de combates y encarnan el espíritu tradicional de España, que no duda de empuñar la espada cuando así lo requiere la religión y la Patria.

Y de nuevo nos encontramos en la Edad Media, concretamente en el siglo XIII, en las tinieblas medievales, que reciben, sin embargo, la claridad de la cultura de la Iglesia, que se muestra en toda su esplendorosa magnificencia. Es el sol de Aquino; son

las escuelas universitarias de Bolonia y París. También en España, Barcelona, la gran urbe mediterránea, la de las grandes empresas mercantiles, la de las audacias guerreras encaminadas a enriquecer y extender la patria, descuellan con fama vocinglera. El maestro Raimundo de Peñafort, lumbrera extraordinaria del espíritu, repite y amplía las enseñanzas de Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura. Reina en Aragón el glorioso Jaime I, y un viajero apostólico viene de Francia con ansias de evangelización y caridad: San Pedro de Nolasco. La buena política de un rey, la ciencia de un doctor eclesiástico y la abnegación de un apóstol van a aliarse con España, con el espíritu caritativo y de sacrificio que se da en el alma española, para la fundación de una nueva orden religiosa, bajo el patronato de la Madre de Dios, dedicada a la redención de los cautivos, y así en el oasis, gracias a la alucinación, que impulsa la esperanza de la caravana, el desierto resulta menos agresivo y hostil; así en el yermo de la cárcel la presencia espiritual de la Orden María, bajo la tiernísima advocación de la Orden de la Merced, alienta al cautivo y le hace menos hosco el triste vivir.

Nolasco viene a España con ardores de apostolado. En Barcelona había oído hablar de los cristianos que gemían en cautiverio bajo el poder de los moros. «Soy aquitano —había dicho al rey aragonés cuando le expresó la razón de su venida—. Quiero servir a los pobres de Cristo y, de cuando en cuando, entrar en tierra de moros, para librar de sus garras a esa pobre gente que se encuentra en tanto peligro». Su llegada a Barcelona había hecho conocer al Santo la nueva plaga de la sociedad española, y compadecido de las lágrimas de las madres que lloraban a sus hijos prisioneros y excitado por la narración de las terribles historias de torturas, humillaciones, desfallecimientos y apostasías, Nolasco quiso dedicar su vida al remedio de estas inmensas desgracias. Centenares de cristianos recobraron su libertad gracias al Santo, y una vez la ciudad de Barcelona le vió llegar al puerto acompañado de trescientos hombres, desnudos, famélicos y llagados o devorados por la fiebre.

La Orden de Santa María de la Misericordia o de la Merced fué fundada en 1222 por San Pedro Nolasco. Nuestra Señora de la Merced se había aparecido poco antes a San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort y Jaime I, manifestándoles sus deseos de que se fundase una Orden religiosa dedicada a la redención de cautivos. Registróse este acontecimiento en la noche del primero de agosto de 1218, y el 10 del mismo mes los tres personajes se dedicaron a la noble empresa. Celebró dicho día una misa el Obispo de Barcelona, predicó en ella San Raimundo y muchos nobles barceloneses se acercaron al altar y prometieron dedicarse al rescate de los cautivos, dando

su vida si era preciso. Los nuevos monjes llevarían hábito blanco y en el escapulario la cruz blanca y roja campeando sobre las armas de Aragón.

Estudio, milicia y sacrificio son las características de estas órdenes españolas que acabamos de estudiar. El estudio, milicia y sacrificio al servicio de Dios. El estudio puede decirse que es el fundamento de los Dominicos; la milicia es la base de las órdenes militares, y el sacrificio es el pilar de los PP. Mercedarios, todo, repetimos, con el pensamiento puesto en Dios.

Y llegamos al siglo XVI, donde esa trilogía de estudio, milicia y sacrificio había de encontrar perfecto encuadramiento dentro de la Orden de Jesús, que creara Iñigo de Loyola, soldado del Rey y capitán del Señor.

Europa pasa momentos de crisis. El Renacimiento se ha apoderado de gustos y costumbres; la fe se ha perdido, las creencias se resquebrajaron y en el transcurso de poco más de veinte años aparece Lutero en Alemania y en Suiza, Calvino en Francia y Ginebra, y mientras Enrique VIII consuma el cisma de Inglaterra, Francia se llena de Hugonotes y la herejía se extiende a Flandes y los Países Escandinavos. Veintitantos años de vida con una crisis espiritual que separan media Europa de la obediencia de Roma. Sin embargo, España seguía pensando en español. Sus Santos, sus Reyes y héroes así lo atestiguan. La directriz del Estado marcaba claramente el deslinde entre una nación cristiana en su base, cuerpo y cúspide, y el resto de los países atacados de indiferencia religiosa, que hacía que un rey cristianísimo se aliara con turcos y herejes. Tampoco el relajamiento de costumbres tenía fronteras y, como consecuencia de ello, surgió Lutero, revolucionario en cuanto conmocionó el estado de las cosas, pero no reformista, que tiene un significado ejecutor de corrección o arreglo. Y él, con la turbulencia de sus pasiones, con un material carnal regañado con el alma, con una conciencia a veces insegura y otras fanática, no corregía, sino destruía. Tal era la situación de Europa, de una Europa que rendía tributo de admiración al paganismo y a la herejía. Sólo un poder fuerte, firme, decidido, seguro de su pueblo y con ambiciones de universalidad, podía poner dique a tan caótica situación; por designio de la Providencia, ese poder fuerte lo fué España. Aún es más, sólo un pueblo predestinado, escogido para cumplir su destino universal podía en aquel momento encontrar al hombre que diese fuerza y contenido espiritual a aquel inmenso poder utilizado por el Emperador Carlos V, y ese hombre fué San Ignacio. Si el hombre siempre fué dispuesto a la aceptación de la novedad, que fa-

cilita el cumplimiento de nuestros deseos, penados por una norma moral, desechó lo permanente y acogió con júbilo y crueldad la nueva doctrina, y si para implantarla sonaron los cañones, blasfemó el odio para defender la verdad, el martirio aureoló la cabeza de miles de católicos, y el guerrero ignaciano, por designios de la Divina Providencia, transformase de luchador intrépido, a las órdenes de señor de Tierra, en batallador incansable de Cristo, que tras hondas meditaciones en las cuevas de Manresa funda la Compañía de Jesús, con espíritu de soldado y vida de milicia al servicio de Dios.

En cualquier otro momento de nuestra Historia la enorme potencia creadora de San Ignacio hubiera visto cortadas sus alas o se hubiera perdido entre la indiferencia. Su concepción busca el peligro, exigía la lucha, y halló un mundo tan revuelto, tan apasionado, que no pudo encontrar mejor campo de cultivo para su rápida propagación. Maravilla la oportunidad providencial de San Ignacio hasta en los menores detalles. En 1521 caía herido en los muros de Pamplona, precisamente en el mismo año en que en la Dieta de Worus defendía Lutero sus doctrinas; en 1534, cuando se reúnen los siete primeros compañeros de San Ignacio y establecen ya los primeros votos, Enrique VIII, al no lograr su divorcio, ha consumado ya definitivamente la separación de Inglaterra de la Iglesia Católica y se infiltra la herejía en Francia y en los Países Bajos. Toda una vida coincidente con los golpes más rudos para la religión católica debía ser para el fundador de la Compañía de Jesús motivo de estímulo y exaltación cada vez más decidida y audaz. Si el veneno del protestantismo inoculó a casi toda Europa, España supo hallar el antídoto en un Carlos I. inflexible, enérgico, y el de San Ignacio de Loyola, para que ambos, uno en lo terrenal y otro en lo espiritual, fueran el revulsivo del mal que corroía las entrañas del viejo continente. Los dos fueron duramente criticados, y si la leyenda negra cubrió de velos una figura egregia por tantos conceptos como nuestro Emperador, tampoco es de extrañar, dado el antagonismo ignaciano a la reforma y las altas virtudes que supo inculcar en sus continuadores y al españolismo que infundió a la Orden que creara en París con los españoles Francisco Javier, Robadilla, Láinez y Salmerón, el portugués Rodríguez y el saboyano Lefèvre; Orden que iba a hacer posible que el genio español se expandiese universalmente y, formando religión, conquistara, primero, Europa, y después, el mundo entero. Los teólogos Láinez y Salmerón, como ya hemos visto, presidirán, inspirarán y dirigirán la renovación del catolicismo en Trento; Acevedo fundará en Coimbra el primer colegio, en el que se ensaya la reforma de los estudios; Javier se dirigirá hacia el Nuevo Mundo para convertirlo a la fe, y Loyola, en Roma, en la que permanece hasta

su muerte, vendrá a ser como el Papa del nuevo Catolicismo en el corazón de la Cristiandad.

Orden española por su origen, por su esencia y fundación, por su espiritualidad y hasta por su procedimiento. Es española por su acometividad, por su afán de combate y por su espíritu de independencia. San Ignacio crea una milicia espiritual, donde rige la disciplina más rigurosa, donde se dialoga y se combate con el enemigo, donde se encuentra y en donde, como cosa española, se entiende la vida con un sentido militar, aunque se luchase por algo tan espiritual como la mayor gloria de Dios.

Española también la Compañía por su religiosidad, porque era continuadora de una tradición netamente española; porque en España había sido el brazo armado del catolicismo; porque si iban a ser los jesuitas los baluartes más firmes del Pontificado, era y lo había sido siempre nuestra Patria; porque si preparaba San Ignacio la más formidable máquina contra la herejía, contaba con la sangre española para detener a los herejes en todas las fronteras; española, finalmente, por su universalidad, porque no conocía límites a su acción, porque respondía al destino de España y porque era un jalón más, importantísimo, decisivo en las páginas de nuestra Historia.

La Obra de la Compañía de Jesús es ecuménica. Nada más decisivamente humano ni ecuménico que este Código escrito en español y que es vértebra estructural de las corporaciones internacionales más flexibles y compactas que conoce la Historia; Obra maestra de la trascendencia, de la ecumenicidad, del recto gobierno y del humanismo cristiano.

En primer lugar, en un código eterno de jerarquía de valores tendrá la concepción naturalista que, en el ansia de lo temporal y humano, desconoce o niega el eterno trascendente frente al falso misticismo que entroniza lo sobrenatural hasta difuminar y aun negar lo natural y tangible. No hay factor honesto en la vida social del mundo que no aprecie, busque y desarrolle. Figura y ademanes, salud y carácter, ciencia y trato de gentes, lenguas, inventivas y técnicas, penetración psicológica, dinamismo social, todo lo acepta en sus Instituciones, en aplicación «lógica del principio ignaciano», que no es bueno para la Compañía quien no lo sería para el mundo; pero todo esto subordinado, derivado, vivificado por los valores de la eternidad y por la unión amorosa del instrumentó con Dios.

Junto a la jerarquía de valores, el triunfo de la ecumenicidad. Las Constituciones, no barras geográficas ni raciales, por eso planea misiones en todo el planeta; hace vestir a sus hijos los trajes de todos los pueblos; se acomodan a todas las costumbres que no pugnen con la moral y el Evangelio y buscan en

el ser mismo de Dios el principio fundamental de la selección de sus actividades: «El bien, cuanto más universal, más divino».

Además, en sus «Constituciones», crea un régimen centralizado de gobierno. Así no es de extrañar que en la orden que creara San Ignacio se encuentre, a través de sus años de misticismo, de su puja en empeños y resultados a gran número de figuras que diera la humanidad en aquella época, convirtiéndose en dique, en valladar del fuego destructor de la llamada reforma y estableciendo las bases de una concepción de la vida al Servicio de Dios.

Otras fundaciones españolas religiosas, nacidas del fervor religioso de la contrarreforma, son los Escolapios o Escuelas Pías (1521), para la instrucción de niños pobres, fundada por San José de Calasanz, que establece los nuevos métodos de la Pedagogía moderna, y la de los Hermanos de San Juan de Dios, que tuvieron su origen en el Hospital fundado en Granada por este Santo. Sin regla fija al principio, en 1572 Pío V la reconoció como Orden.

Otras órdenes religiosas españolas son las Adoradoras, los Carmelitas Descalzos, Religiosas Reparadoras, las Oblatas del Santísimo Sacramento, las Religiosas de Jesús y María y los Padres del Inmaculado Corazón de María.

La Orden de las Adoradoras fué fundada en Madrid por la Venerable Madre Sacramento, y los Misioneros del Corazón de María, por el Venerable Padre Claret, evangelizadora especialmente de Fernando Poo.

Por sus fundadores, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, merece destacarse la Orden Carmelita en sus dos ramas, masculina y femenina. Grandes dificultades encontró en su labor reformadora la Santa de Avila, que en 1562 logró que fuera consagrado su convento bajo la advocación de San José, pero la campaña iniciada contra Santa Teresa la obligó a interrumpir su reforma, teniendo que permanecer quieta, luchando con su espíritu activo, incapaz de no emplearse en obras que redundasen en beneficio de Dios, en un convento castellano.

Sin embargo, Teresa apela al Rey Prudente, que le presta su apoyo, y en 1558 consigue que el Papa Gregorio XIII reconozca la Orden de las Carmelitas Descalzas. España, por conducto de Teresa Ahumada la Santa de Avila, ha encendido un faro permanente para iluminar a los que tienen ojos y no ven. A los que tal vez una oración de las hijas de Teresa iluminará para siempre con la luz de la gracia.

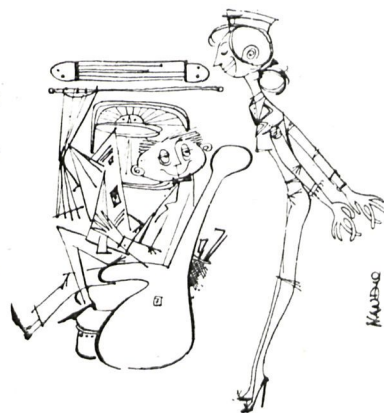
**PENSAMIENTOS
FAMOSOS
QUE NO
SE HAN
HECHO
FAMOSOS TODAVIA**



Enamorarse no es otra cosa que engañarse a sí mismo. Casarse es dar estado legal al engaño.

Aseguran que el talento vale más que el oro. Pero la verdad es que sólo a los que tienen oro les solemos reconocer talento.

La azafata sonríe muchas veces para ocultar su propio miedo a los pasajeros.



En la sociedad de la merienda la transparente lonchita de jamón es la pobre clase media aprisionada entre el pan de abajo y el de arriba.

Es más tonto el que se ríe de las tonterías que el que las dice.

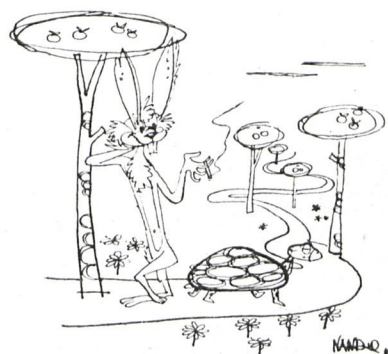
Las medias tostadas y la mayoría de los taquilleros se ponen más blandos a medida que se les unta.

Aquel novelista estaba tan amargado por la vida que terminaba casando a todos sus protagonistas.

La mente dirige las revoluciones, pero quien las hace de verdad es el estómago.

En cualquier clase de juego los envites del azar pueden devolveros la fortuna perdida. En el juego del amor la primera puesta, la ilusión, no se recupera nunca.

En la carrera de la vida consigue casi siempre el triunfo quien corre despacito.



¡Terrible paradoja! Cuanto más saborees la vida, te quedará peor sabor de boca.

También es casualidad que el único lugar en que no hubo políticos fuese el Paraíso.

Las rosas preferidas por las "vedettes" se expenden con estuches.



Algunas virtudes femeninas son títulos al portador que ostentan un valor nominal: **pudor**, y otro efectivo: **miedo** al qué **dirán**.